

to esta injusta disposicion, por haberse refugiado el Prelado á Francia con el rector del noviciado de los Jesuitas. Aprovecháronse los enemigos de la Compañía de esta circunstancia, para proclamar que eran los Padres del Instituto los únicos que debian ser acusados por la resistencia del Príncipe. El Prelado era mortal, al paso que la Orden de Jesús se renovaba: hé aquí por qué los enemigos de la Iglesia católica hicieron á la Orden responsable de la intrepidez de Mauricio de Broglie.

Ningun pensamiento hostil abrigaba este Príncipe contra el poder, pero sus combates y sus sufrimientos por la fe le habian hecho popular, y queria defender con firmeza los derechos de la conciencia. Los belgas tuvieron ocasion de ver en él á un mártir; Guillermo y sus cortesanos revolucionarios quisieron hacerle pasar por un fanático instrumento de la Compañía de Jesús.

«La opresion por via legal, dice Mr. de Gerlache<sup>1</sup>, es quizá la peor de todas, porque siempre va en ella el fraude unido á la violencia.» Al subir al trono Guillermo de Nassau, no solo se habia mostrado partidario acérrimo del Clero, sino que hasta habia procurado hacer ir á su reino á los hijos de Loyola. Todo lo contrario hizo en 1817: arrebatado por el furor de sus ideas protestantes, entró á velas desplegadas en la reaccion religiosa, que se esforzó en imponer á sus sueños de orgullo la escuma de todos los partidos. Solo podia atacarse á los Jesuitas por medio de la calumnia; pero como para los revolucionarios todas las armas son iguales, no dejó de ponerse en juego. Era el Obispo de Gante una víctima fácil de inmolarse, y por esto fue sacrificada á la esperanza de que su castigo aterraria á los demás Prelados. La corte de Bruselas con auto de 9 de octubre de 1817 «condenó á Mauricio de Broglie, á la sazón «fugitivo ó escondido, á la deportacion y á las costas del juicio.» Este drama judicial en el que los Jesuitas fueron encausados sin comparecer ante el jurado, y en el que era todo el proceso dirigido contra ellos y á causa de ellos, no debia aun terminar aquí.

Hallábanse en las cárceles de Gante dos reos convictos de robo con fractura, por cuyo delito fueron condenados á la exposicion pública y á cadena perpétua. El fallo dado contra el Príncipe-obispo debia, segun se desprendia de la propia sentencia, pregonarse en la plaza, violando de este modo la ley del país para arrogarse el derecho de violar las conveniencias sociales. El venerado nombre

<sup>1</sup> *Ibidem*, pág. 341.

del Prelado fue, pues, inscrito en el poste infamante en medio de los dos criminales de quienes se ha hecho antes mencion. Era aquella época la edad de oro del periodismo, puesto que al menos se sacrificaba la justicia á los mezquinos intereses de partido. El *Observador belga*, diario hostil á la fe romana, no pudo menos de manifestar su justa indignacion<sup>1</sup>. Semejante afrenta fue aceptada como un honor por todos los Católicos.

Si bien no era del carácter de Guillermo, sucesor del Taciturno, comprometer su autoridad con semejantes excesos, habiase logrado sin embargo persuadirle, para obligarle á ello, de que eran los Jesuitas enemigos de su familia y que el Príncipe-obispo los sostenia con todo su poder; hé aquí por qué estallaron contra él los primeros efectos de su cólera. En 24 de febrero de 1818 se declaró abiertamente contra los discípulos del Instituto. Refugiados estos en el palacio episcopal, observaban allí una vida pacífica y retirada, cuando se vió invadida su morada por una partida de tropa á cuyo frente iba el fiscal ó procurador del Rey: se registraron todos sus libros y

<sup>1</sup> El *Observador belga* en el tomo XIV, pág. 181 de su compilacion, se expresaba en los siguientes términos: «En verdad que se habria tomado por loco, «ó quizás perseguido como un malvado, á cualquiera que, despues del 18 brumario ó en la época del Concordato, pero sobre todo en 1814 y á principios «de 1815, hubiese creido que antes de 1818 se condenaria en Bélgica á un obispo bajo el reinado de un príncipe no católico por un tribunal secular á una pena infamante, por haber suscrito y publicado un juicio doctrinal sobre la cuestion de lo lícito ó ilícito de un juramento; por haber escrito dos cartas al Santo «Padre relativamente á las rogativas públicas que el príncipe podria pedir; y «finalmente por haber recibido una respuesta de Su Santidad conforme á los «deseos del Gobierno, y haberle dado inmediatamente publicidad con el laudable objeto de calmar los ánimos, y justificar la pretension del Gobierno por «aquel acto público y solemne.

«Mucho menos aun habria podido creerse, que sin necesidad, ni provecho, «y contra toda razon, se hubiese ejecutado de la condena toda aquella parte que «podia inferir mas ignominia al procesado, mas ultraje á la Religion de que era «este ministro, mas insulto á la nacion que supo permanecer fiel al culto de «sus padres.»

«Este público insulto hecho al Catolicismo, refiere Mr. de Gerlache en la página 345 del primer volumen de su *Historia del reino de los Países Bajos*, «esta profanacion hecha á un carácter venerable y sagrado, no hicieron mas que «despertar un sentimiento general de indignacion y de desprecio contra sus autores. En cuanto al Obispo de Gante, por muy dichoso y honrado debió darse «en haber recibido una afrenta que recordaba involuntariamente á todos el suplicio de su divino Maestro. No tenemos necesidad de advertir la comparacion «que se hizo respecto á sus perseguidores.»

papeles, se sellaron todos sus muebles, procedióse al arresto del abate Lesurre, y despues de haber llegado al término de sus pesquisas, se expulsó á los Jesuitas del palacio, dándoles á entender que se haria otro tanto en todos los puntos del reino. Considerándose impotentes los Jesuitas para desafiar la tempestad, á causa de los numerosos obstáculos de toda especie que debian vencer, aplazaron la lucha, y con una prudencia que reprobaron sus amigos sin dignarse siquiera penetrar los motivos que les obligaban á obrar de aquel modo, se sometieron al destierro impuesto por el despotismo. La Suiza y los Países Bajos formaban entonces una sola provincia; los novicios fueron conducidos á los cantones católicos.

Hacer viajar y sostener en el extranjero á aquellos proscritos era cosa sumamente difícil; pero madama de Gizighem se encargó de ello. Solamente impuso una condicion, esto es: que cuando amaneciesen para la Bélgica dias mas serenos, deberian aquellos jóvenes entrar nuevamente en su patria, para practicar en ella, como jesuitas, el bien que esperaban realizar por medio de su vocacion. El General de la Orden aceptó en todas sus partes este tratado. Sin embargo, habian quedado en el territorio belga algunos hijos de Loyola, á los cuales dirigia el P. Lemaistre; pero en vista de la lucha violenta que reinaba entre los dos poderes, lucha que debia necesariamente conducir á una revolucion por la tenacidad del Príncipe y la perseverancia del pueblo, se decidieron los Jesuitas á trasladar su noviciado fuera de Bélgica, en cuyo país no hubo ninguno durante trece años. Solo permanecieron en él algunos profesos que combatieron con Lemaistre en clase de voluntarios bajo las banderas de la Iglesia, siendo sus armas la plegaria y el estudio, la resignacion y el ejercicio de la caridad. Apenas podia soportar la Bélgica á un Soberano que tomaba á su cargo empañar sus cualidades régias por el mas inconcebible de los extravíos; animaban á la nacion instintos católicos, y Guillermo se esforzaba en pisotearlos uno en pos de otro: cada palabra que salia de su boca era una nueva aspiracion al mas atroz despotismo. Los Jesuitas, aunque en corto número, ejercian sobre las masas una influencia admirable: ved aquí por qué sus palabras, sus consejos, su actitud, su silencio mismo, eran otros tantos objetos de sospecha, y por consiguiente de acriminacion. Los agentes holandeses investidos por Guillermo de los empleos públicos, y los empleados políticos á los cuales se concedia una hospitalidad que era altamente impolítica, no cesaban de presentar á los Jesuitas como

los mas implacables enemigos de su gobierno. Acusábaseles de reinar en Francia bajo el flordelisado manto de los Borbones, y esto bastaba para decidir á Guillermo de Nassau á perseguir la Compañía á fin de que no pudiese decirse que sucedia otro tanto en su reino. Acababa de abrir la Sociedad algunos retiros en los que confundian sus oraciones los sacerdotes seculares y los laicos identificándose, por decirlo así, en la práctica de las virtudes cristianas. En 1824 intimó el Monarca á los Obispos que prohibieran aquellos ejercicios espirituales: como la cuestion religiosa habia quedado amortiguada por haber encorvado los belgas la cabeza, orgullosos de su triunfo los ministros de Guillermo, le persuadieron de que acabara de una vez por todas con la enseñanza católica.

Algunos meses despues el colegio de Lieja, ofrecido á los Jesuitas por madama de Stas, cerraba tambien sus puertas tras ellos por orden del Rey: la misma suerte estaba reservada al pequeño seminario de Culemburgo, á pesar de haber resuelto los arciprestes de Amsterdam y de Utrecht, junto con los vicarios apostólicos de Holanda, no ceder mas que á la violencia. Guillermo, que habia logrado ya triunfar de la oposicion católica, podia continuar tranquilo su obra de destruccion, interin no fuese aquella especie de apatía, ó sentimiento de indiferencia, la señal adoptada por los partidos mas audaces para lanzarse á la arena. Por esto el Rey, así como Goubau y Van Maanen, sus favoritos, creyeron llegado el momento de sojuzgar la Bélgica en provecho de la Holanda, y de aplastar la Iglesia romana bajo el yugo del Protestantismo.

La creacion del colegio filosófico de Louvain, las medidas opresoras, los obstáculos puestos á la libertad de educacion y al derecho imprescriptible de los padres de familia, despertaron en todos los corazones una esperanza que nuevos desengaños debian aplazar. Procuraban los Hermanos de la Doctrina cristiana á los hijos de los pobres y á los jóvenes operarios una educacion apropiada á sus necesidades, que les enseñaba á ser sóbrios, piadosos, activos y sumisos; haciendo de ellos hijos obedientes, á fin de que pudiesen mas tarde llegar á ser buenos ciudadanos. Estos desvelos valieron á los institutores de la indigencia la acusacion de que fomentaban en Bélgica el Ultramontanismo para tramar una revolucion; siendo desde entonces á los ojos de la corte de Guillermo considerados como jesuitas disfrazados<sup>1</sup>. El solo nombre de jesuita aterrizzaba al Rey, el

<sup>1</sup> *Historia del reino de los Países Bajos*, por Mr. de Gerlache, tomo I, p. 377.

cual se aliaba con los liberales de todas las sectas para asegurar el triunfo de sus ideas heréticas: hizo cerrar las escuelas de los Hermanos, despues de haber hecho sufrir la misma suerte á todos los colegios de la Compañía. Aquella deslealtad real, que todos los periódicos anticatólicos de Francia y de los Países Bajos saludaron con gritos de alegría, infundió nueva fuerza á la oposicion parlamentaria y á las familias cristianas. Diéronse las leyes mas arbitrarias para matar el porvenir del niño que no hubiese estudiado en las escuelas planteadas por el Gobierno; no obstante, la ambicion é interés particular enmudecieron ante la necesidad de conservar la fe y las buenas costumbres. Guillermo se obstinaba cada dia mas en su funesto sistema, y el pueblo empezaba á murmurar; notábase en todas partes aquel sordo rumor, presagio cierto de funestas tempestades. Hacíase tambien en Francia á la sazón una guerra tan inconcebible á los Jesuitas, que los belgas creyeron deber sacrificar á aquellos de sus compatriotas que fuesen miembros del Instituto de Loyola á las preocupaciones de los ministros y á la necesidad de conservar la paz. La alianza formada entre los constitucionales y los católicos, que no tenia por objeto derrocar al Soberano, complaciase en presentar los Jesuitas como peligrosos, al mismo tiempo que declaraba no dar ningun crédito á las calumnias que les imputaban la prensa liberal y el Gobierno de los Países Bajos: esta falta cometida en grave daño del principio de verdad, léjos de proteger, perjudicó en gran manera á la oposicion coligada. Hasta el mismo Mr. de Gerlache, que apoyó semejante táctica en sus discursos, no tardó en arrepentirse de ello<sup>1</sup>.

Prometiase Guillermo dar fuerza y estabilidad á su Gobierno por medio de la popularidad que los revolucionarios de Francia habian sabido conquistarse á tan bajo precio: como ellos y con ellos se esforzaba en explotar el nombre de los discípulos de san Ignacio, pretendiendo hacerles responsables de todos los desastres y de todos los

<sup>1</sup> Léese en el tomo II, pág. 80, de la primera edicion de la *Historia del reino de los Países Bajos*, escrita por este magistrado: «Téngase presente una vez mas que esto (tal es el propio discurso de Mr. de Gerlache) fue escrito en 1825; que por el amor á la paz queríamos hacer al Gobierno, á quien creíamos hasta cierto punto sincero en sus aprehensiones contra los Jesuitas, todas las concesiones imaginables, á fin de prevenir grandes calamidades. No obstante, cometimos una grave falta, de la que supieron aprovecharse nuestros contrarios; puesto que restringiendo el principio, léjos de robustecer debilitamos nuestra causa.»

errores. Los belgas, sin embargo, no fueron tan crédulos como los partidarios de la Carta de Luis XVIII. En el mes de noviembre de 1827 un escritor entonces célebre por sus obras anticatólicas, Mr. de Potter, hizo caer de las manos del Monarca protestante esta arma del Jesuitismo: «¡Malditos Jesuitas, exclamaba el jefe de la oposicion constitucional de los Países Bajos<sup>1</sup>, ¡cuánto mal han hecho! «pues que, por defendernos contra ellos, como al caballo de la fábula se nos ha ensillado, embridado y montado. Era tan grato el poder contestar á los franceses cuando á los quince dias de permanencia en Bruselas, nos decian:—¡Qué! ¿no teneis jurado?— «No, pero tampoco tenemos Jesuitas.—¡Qué! ¿no hay libertad de imprenta?—No, pero tampoco hay Jesuitas.—¡Qué! ¿careceis de responsabilidad ministerial é independencia del poder judicial, y «por el contrario teneis un sistema de impuestos exorbitante y anti-popular, una administracion viciada, etc.?—Es verdad, pero tampoco hay Jesuitas.— Con cuánto gusto preguntaria yo á nuestros «vecinos, ¿cuál es el medio de que debemos echar mano para salir «de tantos apuros? Pero desde el momento en que nos ocupamos de «los negocios que nos están confiados, gritase ¡á los Jesuitas! y hé- «nos aquí fuera del derecho comun.—Decidme, señores, de que «á un hombre se le llame jesuita, ¿se sigue de ello que deba encar- «celársele, juzgársele, torturársele y condenársele? ¿acaso todas «sus acciones son criminales y absurdas sus palabras?»

Este lenguaje, que era el de la razon, fue castigado por Guillermo, así como fue comprendido por el pueblo. Eran los Padres del Instituto á su pesar la palanca de la oposicion, y el pretexto que siempre tenia el Rey á mano por no hacer ni aun las concesiones mas equitativas. Veíanse desterrados como sociedad, y estaban reducidos á vivir separados: su nombre era un grito de guerra, y sin embargo, reflexionado todo, nunca se veia su impulsión ó su obra en los acontecimientos que se verificaban. Escribiales el Jefe de la Compañía estas palabras significativas: «Por Dios que ninguno se «entrometa en la política.» Tales eran los consejos, ó mejor, las órdenes que recibian del Gesu; las cuales fueron tan puntualmente observadas, que solo una vez pudieron usar dos jesuitas de su prerogativa electoral. El General de la Orden y Van de Velde, obispo de Gante, prohibieron el ejercicio de un derecho que podia prestar armas á los ministros holandeses. Proscribia Guillermo á los Padres

<sup>1</sup> Carta de Mr. Potter al Correo de los Países Bajos.

de sus Estados, y los belgas se empeñaban en llamarles á ellos; todo estaba desde mucho tiempo preparado para una revolucion que al fin estalló en el mes de setiembre de 1830.

Hízose esta revolucion á nombre de los Católicos y de los Jesuitas; no obstante, su principio era aprobado por todos aquellos que asistían en París al triunfo de otra revolucion bajo una bandera é ideas muy diferentes, los cuales no titubearon en cantar la victoria alcanzada por los belgas. Mientras que Guillermo de Nassau abusó de su autoridad expulsando á los Jesuitas y debilitando el Catolicismo, fue presentado aquel Monarca por la inconsecuencia liberal como un rey tolerante, filósofo é ilustrado. Los adversarios de los Jesuitas, que debían tenerle al parecer algunas consideraciones cuando sonó la hora de su desgracia, fueron por el contrario sus mas encarnizados enemigos desde que le vieron imposibilitado de proscribir la fe, cambiándose de repente sus panegiristas de 1825 en detractores que le cargaron de ultrajes, porque solo vieron en él á un príncipe legítimo. La Revolucion belga fue grande y santa, sobre todo si se atiende que estaba bajo la proteccion de la de julio, cuyas causas y resultados eran diametralmente opuestos. Continuaba tronando en Francia el grito de guerra y maldicion contra los Jesuitas, mientras que por el contrario se les saludaba en Bélgica como mártires de la libertad religiosa y la esperanza de todas las familias. Expulsóles Guillermo del reino de los Países Bajos; pero apenas se habia inaugurado otro Gobierno, cuando se mandó que volviesen los Padres á emprender el interrumpido curso de sus trabajos.

El golpe asestado contra la educacion de la juventud por la supresion de la Orden de Jesús habia resonado á lo léjos haciendo estremecer de horror muchos corazones: sobre todo en el hogar doméstico era donde se recogia con desesperacion y en abundancia el amargo fruto que produjo semejante medida; y hé aquí por qué se levantaron de todos los puntos de Europa voces independientes clamando por el restablecimiento de la Compañía. Sus últimos Padres habian merecido en todas partes la confianza pública; pero iban sucumbiendo paulatinamente al peso de los años y de las privaciones, no quedando mas recurso á los Católicos que volver los ojos hácia la Santa Sede para implorar la resurreccion del Instituto. Nunca consintieron en Suiza los cantones católicos en separarse de los maestros que les inculcaron la fe: Vacquerie, Muller, José de Diesbach y el conde Sineo de la Torre, se ocuparon constantemente en dar nueva

vida á la Sociedad. El Consejo de Soleure, interesado tambien sobremanera en esta cuestion, escribia al P. Vacquerie lo siguiente:

«Desea el Gobierno de Soleure tan ardientemente el restablecimiento de una Orden tan santa, que solo aguarda vuestra opinion para dirigirse al Santo Padre, con el cual está ya entablada la correspondencia desde algun tiempo por medio del Nuncio apostólico, que se digna apoyar con ardor las intenciones de nuestro Gobierno; y como por lo mismo es seguro que el Papa accederá sin dificultad á nuestros fervientes votos, no se tardará en acudir á él, si el muy querido y reverendo Padre general se digna apoyarnos con su poderosa cooperacion.»

El mismo celo se notaba tambien por parte de las poblaciones del Valais, el mismo interés en favor de los Jesuitas. Fueron agregados á la Compañía el 31 de julio de 1810 los PP. Godinot, Drach, Rudolph y Staudinger bajo la direccion de José Sineo de la Torre, los cuales renunciaron á la opulencia y las grandezas para abrazar una carrera de humillaciones y trabajo, y se dedicaron á la educacion de la juventud en el colegio del distrito. El Valais, unido entonces al Imperio, formaba el departamento del Simplon; y como Bonaparte estaba en guerra con el Sumo Pontífice, todos sus prefectos y universitarios se mostraban hostiles á aquellos jesuitas. Nunca les reconoció el Estado como tales; pero fuera de los actos oficiales nadie se metia con ellos, porque como no pedian ningun socorro, no servian de carga á la administracion. Tres años estuvieron en el mismo abandono, abandono que era para los hijos de Loyola un beneficio, porque como habian hecho voto de pobreza, no podia en manera alguna contrariarles la indigencia á que se les condenaba. No obstante, el gran Maestre de la Universidad imperial se enterneció á la vista del triste cuadro que Nompère de Champagni, rector de la Academia de Lyon, le trazara de la pobreza y virtud de los Jesuitas; por lo que dirigió al prefecto la carta siguiente:

«La triste posicion de los directores y regentes de los colegios del departamento del Simplon me inspira el mas vivo interés. El retardo que experimentan en el cobro de sus asignaciones confio no durará mucho tiempo, porque voy desde ahora á poner en juego todos los medios de que pueda disponer para hacerlo cesar. El Consejo de la Universidad se ocupará en una de sus próximas sesiones de este importante objeto, y tan pronto como haya recaido la re-

«solucion de S. M. sobre las proposiciones que le serán sometidas, «me apresuraré á ejecutar su decision.

«Os invito por lo tanto, señor prefecto, á alentár con todos vuestros esfuerzos y esperanzas á esos hombres instruidos que están encargados de la enseñanza en los colegios del Valais. Las pruebas «de desprendimiento que han dado en estas circunstancias difíciles «no deben quedar legadas al olvido: es un sacrificio que me será «muy grato poderles recompensar un dia.»

Mucho fue el aliento y esperanza que infundió á los Jesuitas esta carta de Fontanes: el 2 de diciembre de 1812 escribió Champagni al P. Sineo en estos términos: «Señor Director, no ignoro vuestro «celo, ni la abnegacion y desinterés religioso con que habeis des- «empeñado hasta aquí vuestros deberes, ni que vais á entrar desde «hoy en la carrera eminentemente provechosa y útil que vos mismo «habeis elegido. Podeis estar seguro de que no serán infructuosos «vuestros cuidados, porque la Universidad está ya algo instruida, «no limitándose por lo tanto á una estéril admiracion. Pero ¿qué «recompensa mas preciosa puede ofrecérseos, que la que encontra- «réis en vuestro propio corazon? El que tiene, como vos, fijada la «vista en la eternidad, de muy poco precio debe parecerle la tierra. «Estais dando un ejemplo tan laudable, que la Universidad se hon- «rará en seguirlo y citarlo con orgullo á todos sus miembros presen- «tes y futuros.

«En cuanto á mí, señor Director, que tengo la ventaja de cono- «ceros personalmente, no me admira tanto vuestro noble proceder; «pero esto me decidirá á velar mas particularmente por vuestros in- «tereses, que sabeis tan bien sacrificar.»

Tales fueron las primeras relaciones de la Universidad de Francia con la Compañía de Jesús: teniendo la Universidad á Fontanes, protegía contra las vejaciones del Gobierno á aquellos religiosos á quienes no arredraban la miseria y las persecuciones. Fontanes y Champagni les honraban con su afecto, mientras que el conde de Rambuteau, prefecto del Simplon, quería expulsarles de su departamento. Como fueron los acontecimientos mas poderosos que la voluntad del Emperador, vino á ser en 1814 el pequeño colegio de Sion la cuna de la provincia de la Alta Alemania. Los compañeros del P. Sineo, que por tanto tiempo se sacrificaron en provecho del Valais, recibieron, al fin, una prueba de gratitud de este país que

no pudo olvidar sus largos sufrimientos. El baron de Stockalper, uno de los primeros magistrados del canton, propuso restituir á los Jesuitas su antiguo colegio de Brig, que los franceses habian convertido en fortaleza; cuya proposicion fue recibida con el mayor entusiasmo por parte de los Católicos y de todo el pueblo en general. Pedro Tobías Yenni, obispo de Lausana, volvió la vista hácia la Compañía, y se disponia á introducirla en Friburgo, cuando recibió una carta de Goeldlin de Tieffenau, vicario apostólico, que acabó de afirmarle mas en su primitiva idea: ved aquí lo que le decia Tieffenau:

«Fundado en la experiencia, estoy íntimamente convencido de «que el único remedio eficaz que podemos oponer á los males de «nuestro siglo, es llamar á los cantones suizos á la Compañía de Je- «sus, restablecida nuevamente por nuestro santísimo padre Pio VII. «Procurará esta Sociedad por segunda vez defensores del poder ecle- «siástico, é institutores para la juventud cristiana; regulará las «ciencias, hará florecer la piedad y continencia entre el Clero, y «será para el pueblo un inexpugnable baluarte contra las corrup- «ciones del siglo. Deseo por mi parte ardientemente ver á los Je- «suitas instalados en la diócesis que me está confiada, y os deseo de «todo corazon la misma felicidad para la vuestra.»

Evangelizó Canisio la Suiza, por lo que era su tumba en Friburgo objeto de la devocion general: apoyados los Católicos en este santo recuerdo, invocaron á los Jesuitas. Todos los Prelados helvéticos les reclamaron á la vez como cooperadores indispensables; tambien el baron de Aregger, gobernador de Soleure, imitó el noble ejemplo del Clero, formando el proyecto de llamar á la Compañía para que se estableciera en su ciudad. Reunióse el gran Consejo en el mes de junio de 1816, decretando que quedaba para siempre la Compañía de Jesús excluida del canton: este contratiempo, empero, ocasionado por las intrigas, calumnias y supuestos temores de los enemigos del Instituto, no entibió en lo mas mínimo el noble ardor de los friburgenses. Ofreció el P. Cornelio Van Eberbroeck á los proscritos de Bélgica un asilo en Hildesheim, asilo que fue aceptado por algunos, mientras que los demás se entregaban á la predicacion y á la enseñanza. Pronto aquella actividad, cuyos saludables efectos empezaron desde luego á hacerse notar, vino á ser para los herejes y radicales perpétuo objeto de inquietud y zozobra: temian, y no sin motivo, el ascendiente que iban tomando los Padres sobre